

feroz, que dormía entre dos lobos y decía: *Comprendo que no soy el diablo como dicen, porque yo he hecho todo lo posible para tener relaciones con él, y no he podido conseguirlo.* Habiéndose preguntado al duque de Crequi por qué se conducía tan ferozmente contra aquella ciudad, respondió: *Así lo quiere el rey, y presentó una lista de cerca de doscientas ciudades y pueblos destinados al fuego.*

Y aunque fuese cierto que Luis no sabía nada de esto, y que la orden procediese de Louvois, ¿tendría por ello disculpa? Tales crueldades, dignas de Gengis-kan, eran inútiles por demas, porque siendo el brazo de la guerra la Gran Bretaña y Guillermo, convenía apoyar en aquel país á los Estuardos y apañar nuevas naves. Pero como á Seignelay, hijo de Colbert, apenas ocupó el ministerio de marina, se le ocurriese para adquirir importancia la idea de bombardear á Génova, Louvois para hacerle la contra quiso que la guerra se hiciese en tierra, y así sucedió. Este constante forjador de guerras había adquirido un dominio absoluto sobre Luis, no como otros lo habían conseguido condescendiendo en todo con él, sino contrariándole siempre, habiendo llegado á tal extremo que interceptaba las cartas del rey, y entre ellas una del duque de Saboya, con el fin de impedir que las aclaraciones en ella contenidas condujesen á un arreglo. Habiendo observado el rey que una ventana del Trianon no guardaba simetría con las demas, Louvois sostuvo lo contrario, y porque las medidas que se tomaron le convencieron de que aquel tenía razón, dijo que pondría tantos obstáculos á Luis, que no pensaría en mandar corregirla, y efectivamente el ministro se salió con su propósito. En otra ocasión mudó por dos veces un cuerpo de guardia del puesto en que el rey mismo le había colocado. Después de la destrucción del Palatinado quería incendiar también á Tréveris; y empeñándose mucho más porque el rey se negaba á ello, entró un día en su gabinete diciéndole, que persuadido de que su negativa consistía en escrúpulos de conciencia, él tomando sobre sí toda la responsabilidad había ordenado el incendio. Luis, al oír aquellas palabras, echó mano á unas tenazas para pegarle, asegurándole que le haría pagar con la cabeza aquella orden.

Todo esto debía dar por resultado que el rey le retirase su gracia, y en consecuencia dió orden de conducirlo á la Bastilla, cuando un cólico violento le privó de la vida. Luis se alegró de su muerte, y se paseó largo tiempo al rededor del sitio donde yacía el cadáver de su señor; fué un gran ministro y llegó á la altura de los héroes y de los hombres más malvados; dió á Luis XIV su gloria, y acarrió la desolación de la Europa y la ruina de Francia.

Entretanto la guerra proseguía; pero por cumplir las promesas con que halagaba á los

Estuardos, Luis hizo débiles esfuerzos en el mar, y la escuadra que dió á Jacobo para tentar un desembarco en Irlanda no dió resultado. Armó otra, y creyendo que los Ingleses se levantarían en favor del pretendiente, mandó á Tourville que atacase al enemigo, fuerte ó débil, sucediera lo que sucediese. Presentó por tanto la batalla con cuarenta y cuatro naves á otras noventa y nueve inglesas y holandesas, capitaneadas por el almirante Russel; el valor prodigioso de aquel no fué suficiente para llevar á feliz término tan insensata orden, y la jornada de la Hogue hizo probar á Luis la amargura de la derrota y el remordimiento de haberla ordenado él mismo. Fué tan terrible la impresión que causó en los marinos franceses esta desgracia, que creyeron ver ya invadidas las costas.

La Alemania también se preparaba en el continente para vengar aquellas matanzas, mientras que se hacían otras nuevas en Italia, en España, en los Países Bajos y en las orillas del Rin. Nicolas Catinat, gran general elevado por Luis, fué el primer plebeyo que llegó al grado de mariscal sin haber puesto en juego la intriga para conseguirlo. Poco conocedor de las galanterías, exento de preocupaciones, sin que por esto afectase despreciarlas, conservándose filósofo á pesar de la guerra y de la exaltación general, fué apellidado por los soldados el Padre Pensamiento: en la corte ni obtenía favores ni los pedía. Preguntado por Luis en qué estado se hallaban sus negocios, respondió: *Tengo cuanto necesito. — Hé aquí el primero,* exclamó el rey, *que me habla en este lenguaje.*

Después que por medio de la difícil y oscura guerra de las montañas venció en Saboya, recibió de Louvois el siguiente billete: *Aunque habéis servido mal al rey en esta campaña, Su Majestad se digna conservaros en su gracia.*

Mientras que el mariscal de Luxemburgo alcanzaba la famosa victoria de Fleurus, Catinat pasó á Italia, venció en Staffarda, y obligó á Victor Amadeo á encerrarse en la capital, único punto que le quedaba. Pero este, reforzado por los aliados, tomó la revancha, rechazó á los Franceses al otro lado de los Alpes, arrasó sus fronteras, y hasta que fué derrotado en Marsella no dejó de tomar una parte activa en aquella guerra. Después de conseguido aquel triunfo, Catinat durmió en el campo, y habiéndose despertado, se encontró rodeado de los trofeos de sus victorias.

Luxemburgo fué llamado el tapicero de Nuestra Señora por el gran número de banderas conquistadas que ofreció á aquel templo; pero ¿qué ventajas reportaba la gloria de las armas á la exhausta Francia? Recurrióse á los empréstitos, se vendieron los cargos vitalicios y se estableció la capitación. Entretanto iban desapareciendo todos los grandes hombres que había legado á Luis el reinado precedente.

1692.
29 de
mayo.
Batalla
de la
Hogue.

Catinat.
1697.
1712.



BATALLA NAVAL DE LA HOGUE.

Lionne, célebre diplomático, capaz de gobernar la Europa entera, que con su sinceridad y conocimientos dirigía la inexperiencia de su señor, y que preveía las dificultades y los medios de vencerlas, murió en 1671, y desde entonces la hábil política de Luis se convirtió en apasionada. Luxemburgo murió también (1695); el rey dejó de estar á la cabeza de los ejércitos, y las intrigas de sus damas llevaban hombres ineptos al ministerio. La industria se hallaba arruinada por haber prohibido Inglaterra todo comercio con Francia, no sólo á los suyos, sino también á los extranjeros. Los bombardeos de que Luis había dado el ejemplo, se volvieron en contra suya, y los Ingleses trataron de destruir los puertos, de los cuales salían centenares de corsarios con el objeto de hostilizarlos. Contra San Maló llevaron una máquina infernal que no causó grande daño: despues bombardearon á Dieppe, al Havre, Calais y Dunkerque, si bien los resultados no correspondieron á las esperanzas.

Por un lado, Inglaterra que se hallaba cansada de tantos sacrificios, á los que no veía un término razonable (1), y por otro, la muerte probable del rey de España, excitaba el deseo de arrebatar la herencia á los muchos que la pretendían. Luis volvió á ensayar sus artificios para deshacer la liga separando uno por uno á todos sus miembros. Comenzó por Victor Amadeo, al que restituyó cuanto le había tomado, y le pidió una hija para el duque de Borgoña, habiendo revestido de los honores reales á sus embajadores. Entre los demas confederados mediaron multitud de tratados, hasta que en el congreso de Ryswick en Holanda fué firmada la paz entre Inglaterra, España, los Estados Generales y Francia.

Las condiciones fueron moderadas: España recobró las plazas que había perdido en Cataluña, en los Países Bajos, y algunas de las reunidas; Inglaterra y Francia se devolvieron recíprocamente las que habían conquistado, Luis reconoció por rey á su mayor enemigo Guillermo, sin cuidarse jamas de Jacobo, y la Holanda devolvió á Pondichery á la compañía francesa de las Indias. En cuanto al imperio, Luis quedó dueño de Strasburgo, Kell, Philipsburgo y Brisack, renunciando á los países reunidos: los créditos de la duquesa de Orleans fueron remitidos á Roma, que los aceptó por 300,000 escudos.

No quedaban con esto renovadas las paces de Nimega, de Westfalia, ni de los Pirineos; pero sí asegurada la independencia de los Estados, cuyo peligro había producido tres guerras: comprendióse entonces mucho mas la necesidad del equilibrio, y la Inglaterra se propuso dirigir la política continental como adversaria de Francia.

(1) Perdió mil doscientos buques mercantes valuados en treinta millones de esterlinas.

CAPÍTULO VII

El rey, la corte y la sociedad.

Los sucesos que habían ocurrido hasta aquel tiempo, eran bastantes para dar á conocer ya á Luis XIV, rey tan extraordinariamente elogiado y vilipendiado, que es muy difícil juzgarle con justicia. Era de mediano ingenio, y su educacion había sido tan escasa que apenas comprendía el latín del breviario. El fondo de su carácter era bueno, y no solo no se le puede acusar de ninguna venganza personal, sino que economizó los castigos siempre que le fué posible. Lleno de dignidad y de gracia, de gravedad y cortesania, eminentemente despótico, pero solo por instinto y sin violencia ni perversidad; no fué un valiente capitán ni un profundo político, pero en realidad fué un gran rey, y poseyó las cualidades que tanto alucinan al mayor número, esto es, las medianas, y todos los artificios para realzar las buenas y ocultar las malas.

Richelieu y Mazarino habían preparado el reino y el sistema de gobierno, de modo que si ántes necesitaban los reyes para ser grandes elevarse sobre sus contemporáneos, á él le bastó no cederles en talento.

En el exterior encontró fraccionada la Alemania, al Austria apartada de sus pretensiones de soberanía, á Inglaterra en guerra civil, en decadencia España, Holanda en conmocion, y destrozada Italia. Francia entretanto había llegado á la unidad de territorio y de jurisdiccion; el feudalismo que la había ido desmoronando en los reinados anteriores, y el calvinismo que poco ántes había creído convertirla en república federativa, yacían abatidos; los privilegios de los nobles, los del clero, de los municipios y del parlamento eran suficientes para protestar contra los excesos del despotismo, pero no para impedirlos; de modo que Luis podía dedicarse á gobernar, á establecer la autoridad de las leyes, y á hacer de Francia una monarquía absoluta, que por su unidad debía ser el centro de Europa.

Desgraciadamente le insinuaron cuán bella era la gloria de conquistador, y la primera guerra que hizo, harto injustamente contra los Holandeses, á quienes aborrecía por ser herejes, comerciantes y republicanos, le lanzó á una serie de otras que le llenaron al mismo tiempo de gloria y de maldiciones. Aspirar á la monarquía universal era imposible cuando las naciones se hallaban en tal estado de efervescencia, y la Cristiandad dividida en dos partidos encarnizados; y mucho menos podía hacerlo un rey que solo tomaba las armas por vanidad. Pero sus frívolos pretextos para alterar la paz, el despreciar todos los pactos y derechos de los demas, y los elogios que los aduladores prodigaban aun á sus acciones menos dignas, suble-

váron contra él el ódio del miedo; los príncipes del imperio, al principio fieles, y adictos al que había salido garante de sus libertades, volvieron en su daño aquel equilibrio político que había sido inventado para sujetar al Austria; las potencias marítimas, que por su absoluta preponderancia sobre los mares se vieron dueñas de la Europa, deshojaron sus laureles; y llegó á ser lucha de principios aquella que solo parecía de despecho y de frívolas rivalidades.

Política de Luis XIV.

En las *Instrucciones al delphin* nos informa el mismo Luis de su política y de la fidelidad con que observaba los tratados. «Toco una cuerda delicadísima. Está muy lejos de mi ánimo el aconsejaros la infidelidad, pero en estas materias debe hacerse una distincion. El estado de las dos coronas de Francia y España se halla de tal modo unido, que no puede elevarse la una sin que cause perjuicio á la otra; de aquí procede un recelo que me atrevo á decir que es esencial; una especie de enemistad permanente, que los tratados pueden ocultar pero no extinguir, porque la causa subsiste siempre; y trabajando la una contra la otra, no cree hacer mal á su enemiga sino conservarse á sí propia; deber tan natural que á todos los otros sobrepuja. Y para hablar con franqueza, jamas se lleva á cabo ningun tratado sin esta intencion... Por esto se puede decir, que dispensándose igualmente de observar á la letra los acuerdos, no se contraviene á ellos en sentido rigoroso; y si bien están extendidos en aquellos términos, es porque no pueden usarse otros; lo mismo se hace en el mundo con los cumplimientos, absolutamente necesarios para vivir unidos, y que sin embargo valen mucho menos de lo que significan. Así, pues, en el tratado con España, cuanto mas extraordinarias, repetidas y llenas de precauciones eran las cláusulas en que se prohibía dar auxilio á Portugal, tanto mas manifestaban que no se creía que yo debiese abstenerme de hacerlo, y por eso no me he abstenido (1).»

Cuando de la palabra de un príncipe no pueden fiarse ni amigos ni enemigos, fuerza es que se perpetúen las guerras, que son menos temibles que una paz engañosa. Donde no servía el engaño, Luis ponía en juego la corrupcion, que en ningun tiempo había sido tan descarada y sistemática. Lo mismo él que sus ministros conocían la tarifa de cada uno de los ministros ó príncipes extranjeros, de sus favoritos y de los favoritos de los favoritos; y la parte mas sublime de la diplomacia era la compra de estas usuales condescendencias. El arzobispo de Emburgo escribía desde Madrid, donde se hallaba de embajador, lo siguiente: «Yo hago regalos que ascienden á sumas considerables para mantener honestas relaciones con algunas damas de edad, y que se hacen pagar su conversacion con regalos para las hijas de sus

» hijos que nunca se dejan ver (1).» Groat, embajador de Holanda en Suecia, decía á su gobierno: «El rey de Francia ha dado á R. K., en una sola vez, 60,000 florines, con el pretexto de haber sido padrino en el bautizo de un hijo suyo; y por honrado que sea, no creo que quiera mostrarse ménos adicto á Inglaterra. Por esto precisamente yo me he tomado la libertad de insinuaros, que daríais un gran placer á la reina, á quien en este asunto considero como una particular, regalándole un yackt para sus paseos de placer (2).» Cuando Luis mandó comprar el voto del elector de Brandeburgo para el imperio, y el permiso de levantar diez mil hombres, Colbert escribía: «El rey ha mandado magníficos regalos para la mujer del elector: una habitacion completa con sillería, cama, tapicería, un espejo y dos veladores (*gueridons*) de plata; de modo que veréis que Su Majestad previene la necesidad indicada por vos de hacer un vistoso regalo á esta princesa, y que no se trata de un diamante, ni de un collar de perlas, por lo que debéis retirar la orden dada en Holanda. En cuanto al dinero que ha de distribuirse, me remito á lo que os hará saber el señor de Lionne (3).»

En otra ocasion escribía Colbert á Lionne: «El señor de Schwerin asegura haberos anunciado, que las buenas palabras que él me había dado para la conclusion del tratado, habían inducido á Su Majestad á mandar que le asegurasen de su consideracion hácia él, haciéndole al mismo tiempo un regalo de 10,000 escudos. No os repetiré los cumplimientos que me hizo. Con un poco mas de ingenio, he hecho otro tanto con el príncipe de Anhalt, que concluyó por aceptar 12,000 escudos. En cuanto á la esposa del elector, habiéndome hecho entender estos señores que un diamante de 10,000 escudos sería muy de su gusto, indiqué al señor de Schwerin que me proporcionase un platero que trabaja para la casa de Brandeburgo, á fin de que buscarse un diamante de este precio, y si se encuentra cual se quiere, lo haré comprar; si no, dejaré el dinero para invertirlo en lo que mas plazca á la electora. Aun cuando hubiese llegado el regalo que me anuncias, yo no puedo evitar este, porque habiéndose sabido que puedo disponer hasta de 100,000 francos, produciría mal efecto el economizar cualquiera cosa. Si llega el otro regalo para la electora, verán en esto un exceso de liberalidad que, unida á la veneracion que tanto en esta corte como en toda Europa se tiene á nuestro gran monarca, puede ser útil para la conclusion del tratado, el cual espero enviaros pronto (4).» El rey mismo escribía: «No me he olvidado de

(1) Disp. 29 diciembre 1664, ap. MIGNET.

(2) 8 diciembre 1668.

(3) Despachos de la marina segun E. SUE, *Histoire de la Marine*, I, 79.

(4) Ap. SUE, I, 82.

(1) *Oeuvres de Louis XIV*, tomo I, p. 63-66.